

# *Eric Hobsbawm: el historiador como intérprete del presente*

Josep Fontana  
Universitat Pompeu Fabra

*Resumen:* En una extensa trayectoria que abarca sesenta y cinco años de publicaciones, Hobsbawm no sólo analizó el pasado, sino que reflejó la evolución de su época, a través de su participación en los grandes debates teóricos, primero, y en su dedicación especial, en los últimos años de su vida, al análisis de los problemas fundamentales del siglo XX. Ésta fue una de las razones que le convirtieron en el historiador más leído de su tiempo.

Palabras clave: marxismo, historiografía, Hobsbawm, Reino Unido, siglo XX.

*Abstract:* Eric Hobsbawm's broad career is marked out by sixty five years of publications. In these works, Hobsbawm not only analysed the past but mirrored the developments of his age first through his participation in the great theoretical discussions and, during the last years of his life, with his special dedication to the analysis of the essential issues of the Twentieth Century. This is one of the reasons that made him the most read historian of his time.

*Keywords:* Marxism, historiography, Hobsbawm, United Kingdom, XXth century.

Desde la primera publicación de Eric Hobsbawm en 1948, *Labour's Turning Point, 1880-1900: Extracts from Contemporary Sources* (Londres, Lawrence & Wishart) hasta la aparición póstuma de *Fractured Times* (Londres, Little, Brown, 2013)<sup>1</sup> median sesenta y cinco años de una vida dedicada «a investigar, enseñar y escribir», con una obra muy amplia, de una notable coherencia, aunque refleja en su evolución los cambios que se han producido en este tiempo en el clima político e intelectual.

Sus publicaciones como investigador comenzaron en los años cincuenta, en el terreno de la mejor tradición de la «historia económica y social» británica, en lo que parecía ser un proyecto de estudio a largo plazo sobre la revolución industrial y sobre la formación de la clase obrera. Si los aspectos relacionados con la industrialización estaban dentro de las grandes líneas de la investigación de su tiempo, en lo que se refiere a la clase obrera se apartaba de la tradición de la historia del movimiento obrero, que fijaba sobre todo su atención en el desarrollo de los sindicatos y las organizaciones de clase, para estudiar «las clases trabajadoras como tales (no en cuanto a organizaciones y movimientos) y [...] las condiciones económicas y técnicas que favorecieron el desarrollo efectivo de los movimientos obreros, o bien lo dificultaron»<sup>2</sup>.

El conjunto de estos trabajos, que son los que se parecen en mayor medida a la erudición académica de su tiempo, inspiró posteriormente una compilación, *Labouring Men: Studies in the History of Labour* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1964) y un primer intento de síntesis, *Industry and Empire: From 1750 to the Present Day* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968).

Este primer proyecto de investigación no se completó nunca, puesto que aunque Hobsbawm siguió publicando artículos dedicados al tema, como los que reunió veinte años más tarde en *Worlds*

---

<sup>1</sup> Traducción española, *Un tiempo de fracturas*, Barcelona, Crítica, 2013; como la mayor parte de las traducciones al castellano de Hobsbawm han sido publicadas por Crítica, omitiré en adelante este dato cuando se trate de textos publicados por esta editorial.

<sup>2</sup> La mayoría de estos trabajos se publicó originalmente en revistas de investigación: Eric J. HOBSBAWM: «The tramping artisan», *Economic History Review*, vol. 3, 3 (1951), pp. 299-320; íd.: «The British standard of living, 1790-1850», *Economic History Review*, vol. 10, 1 (1957), pp. 46-68; íd.: «The standard of living during the industrial revolution: a debate», *Economic History Review*, vol. 16, 1 (1963), pp. 119-134; íd.: «The machine breakers», *Past and Present*, 1 (1952), pp. 57-70, etc.

of Labour: Further Studies in the History of Labour (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1984), donde encontramos textos y conferencias fechados entre 1971 y 1982, su carácter es distinto, ya que predomina en ellos la intención política por encima de la erudición historiográfica.

Durante los veinte años que transcurrieron entre la publicación de *Labouring Men* y la de *Worlds of Labour* se había producido un cambio fundamental en las condiciones en que realizaba su trabajo, al igual que les sucedió al resto de los miembros de lo que se suele llamar la escuela de los «historiadores marxistas británicos», que incluye, junto a Hobsbawm, a algunos de los nombres más importantes de la historiografía del siglo xx, como Ronnie Hilton, Christopher Hill, Ronald Meek, Victor Kiernan, George Rudé, E. P. Thompson o Raphael Samuel. Todos ellos sufrieron el acoso de los medios académicos británicos, entregados por completo a la política de la guerra fría, y empeñados en cerrarles el paso, para impedir que ninguno de ellos llegase a las cátedras de las grandes universidades, que les hubieran permitido una dedicación plena a la investigación<sup>3</sup>.

Fue la voluntad de romper su aislamiento lo que les llevó en 1952 a fundar una revista, *Past and Present*, que iba a convertirse en punto de encuentro de historiadores avanzados de diversa orientación política, con el fin de que su trabajo llegase a un público más amplio que el que podían alcanzar con publicaciones del partido comunista como *Marxism Today* o *Our History*, de espléndida calidad intelectual, pero condenadas de antemano al ostracismo<sup>4</sup>.

Fueron estos los años en que el grupo participó en discusiones teóricas colectivas con un fuerte impacto renovador, que comenzó transformando su propio trabajo como investigadores. Una

---

<sup>3</sup> Hay una extensa bibliografía sobre este grupo: Harvey J. KATE: *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Universidad, 1989; Dennis DWORKIN: *Cultural marxism in postwar Britain*, Durham, Duke University Press, 1997; Philippe SCHLESINGER et al.: *Los marxistas ingleses de los años 30*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1988; así como el número monográfico de *Radical History Review*, *Marxism and history: the British contribution*, 19 (winter 1978-1979).

<sup>4</sup> *Past and Present* se vio obligada en 1958, en momentos en que era mal vista por el *establishment* académico por sus orígenes marxistas, a integrar en la dirección nombres más tranquilizadores, como Lawrence Stone, Trevor Aston y J. H. Elliott [sobre esto, John H. ELLIOT: «Lawrence Stone», *Past and present*, 164 (agosto de 1999), pp. 3-5].

de las más destacadas fue la que tenía como objeto la transición del feudalismo al capitalismo, que Maurice Dobb había replanteado en sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1946), donde sostenía que era necesario estudiar los orígenes históricos del capitalismo para comprender mejor su naturaleza como sistema y para equiparse intelectualmente, si se pretendía actuar contra él —o sobre él—. «El economista preocupado por los problemas actuales —decía— tiene preguntas propias que formular a los datos históricos»<sup>5</sup>.

El debate, en que tuvo una participación muy importante el medievalista Ronnie Hilton, tomó una nueva dimensión en 1954, cuando Hobsbawm le añadió el tema de la «crisis general del siglo XVII», que había de dar inicio a un nuevo nivel de discusiones, que se prolongó hasta 1976, con Robert Brenner y su propuesta de dar un papel esencial a la estructura agraria de clases<sup>6</sup>.

Hobsbawm contribuyó también a la renovación teórica de la historiografía marxista con la publicación, en 1964, de una traducción del fragmento de las *Grundrisse* de Marx dedicado a las formaciones precapitalistas, con una introducción provocadora en que sostenía que «la teoría del materialismo histórico requiere solamente la existencia de una sucesión de modos de producción, pero no que hayan de ser uno u otro en particular, ni tal vez tampoco predeterminados en el orden de sucesión», lo que significaba una ruptura explícita con la interpretación canónica del es-

---

<sup>5</sup> Maurice DOBB: *Studies in the development of capitalism*, 2.<sup>a</sup> ed. ampliada, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973, p. VII (hay traducción al castellano, Madrid, Siglo XXI). Sobre esto véase la compilación, preparada por Rodney HILTON: *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1987; H. Kohachiro TAKAHASHI: *Del feudalismo al capitalismo. Problemas de la transición*, Barcelona, Crítica, 1986, etc. Una buena síntesis se encontrará en el volumen colectivo preparado por Juan Trías, Carlos Estepa y Domingo Plácido, *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1998.

<sup>6</sup> Eric J. HOBSBAWM: «The Crisis of the Seventeenth Century», *Past and present*, 5 (mayo de 1954), pp. 33-53, y 6 (noviembre de 1954), pp. 44-65; Trevor H. ASTON (ed.): *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1965; Geoffrey PARKER y Lesley M. SMITH (eds.): *The general crisis of the seventeenth century*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978 (hay una segunda edición revisada y ampliada, Londres, Routledge, 1997), y Trevor H. ASTON y C. H. E. PHILPIN (eds.): *El debate Brenner*, Barcelona, Crítica, 1988. Una revisión crítica, en términos políticos, en Francesco BENIGNO: *Specchi della rivoluzione*, Roma, Donzelli, 1999, pp. 61-103 (hay traducción castellana, Barcelona, Crítica, 2000).

talismo, que había empobrecido y codificado la teoría marxista de la historia<sup>7</sup>.

Eran momentos de un cierto optimismo por parte de este grupo de historiadores y economistas, que pensaban, como lo decía Hobsbawm en 1962, que los últimos años habían visto un retroceso de la campaña conservadora, y se basaban para ello en signos como la publicación en 1961 de *What is history?* de E. H. Carr, «una poderosa y brillante salva contra el oscurantismo histórico»<sup>8</sup>.

Era una esperanza infundada. La férrea censura que excluía a los historiadores marxistas británicos no se relajó ni siquiera cuando, tras la crisis húngara de 1956, muchos de ellos abandonaron su afiliación al Partido Comunista, tras enviar al *Daily Worker* una carta en que denunciaban el apoyo que el partido había dado a la actuación de los rusos en Budapest y a las «burocracias seudocomunistas y sistemas policíacos de Polonia y Hungría»<sup>9</sup>. Aunque firmó también esta carta, Hobsbawm no rompió formalmente con el partido, «por lealtad a una gran causa y a todos aquellos que, por esa causa, habían sacrificado su vida»<sup>10</sup>.

Fue a partir de 1956, y de su desvinculación gradual del Partido Comunista Británico, cuando la mayoría de estos historiadores produjo lo mejor de su obra, como sucedió con Christopher Hill, George Rudé, E. P. Thompson o con el propio Hobsbawm. Contribuyó a ello el esfuerzo que habían realizado en el terreno de la discusión teórica, superando los riesgos de un economicismo primario, y su voluntad de rechazar el dogmatismo en el terreno de las ideas, como lo habían rechazado en el de la política. El orden es-

---

<sup>7</sup> Karl MARX: *Pre-capitalist economic formations*, Londres, Lawrence & Wishart, 1964; hay diversas traducciones al castellano, publicadas en Barcelona, Madrid, Buenos Aires y México. Hobsbawm recogió de nuevo el texto de su introducción, «Marx y las formaciones precapitalistas», en el volumen *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 137-183.

<sup>8</sup> Eric J. HOBBSAWM: «Progress in history», *Marxism today*, febrero de 1962, pp. 44-48; no debe confundirse con «¿Ha progresado la historia?», en *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 70-83, que se publicó treinta y cinco años más tarde.

<sup>9</sup> Dennis DWORKIN: *Cultural marxism in postwar Britain*, Durham, NC, Duke University Press, 1997, pp. 45-78.

<sup>10</sup> Aunque añade que advirtió a los dirigentes del partido «que quería seguir manteniendo buenas relaciones con los que habían sido expulsados, en especial con Edward P. Thompson y los otros disidentes, con los que simpatizaba». Eric J. HOBBSAWM: *Entrevista sobre el siglo XXI*, al cuidado de Antonio POLITO, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 214-215.

tablecido, sin embargo, lejos de reconocer esta evolución, reforzó en Gran Bretaña su acoso, en especial a partir del nuevo giro de la guerra fría, cuando la propia señora Thatcher dirigió una campaña contra la historia que se enseñaba en las escuelas, exigiendo que los profesores se ocupasen menos de cuestiones religiosas, sociales y culturales, para dedicar una especial atención a los acontecimientos políticos, en el sentido más tradicional y limitado que los reduce a los actos del gobierno, y les instó a que se dedicasen sobre todo a transmitir valores patrióticos<sup>11</sup>.

Marginado del olimpo académico, Hobsbawm retomó ahora algunas líneas de trabajo que había iniciado anteriormente. Por una parte, la de los estudios de historia social sobre los mundos del trabajo y de la marginación, que había comenzado con *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movements in the 19th and 20th Centuries* (Manchester, Manchester University Press, 1959)<sup>12</sup> y el ya citado *Labouring Men* (1964), y que se enriqueció ahora con *Bandits* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969), *Revolutionaries: Contemporary Essays* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1973), *Worlds of Labour* (1984) y *Uncommon People: Resistance, Rebellions and Jazz* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1998)<sup>13</sup>. Publicó además, en colaboración con Georges Rudé, *Captain Swing* (Londres, Lawrence and Wishhart, 1969)<sup>14</sup>, dirigió una ambiciosa *Historia del marxismo* colectiva, publicada en Italia por Einaudi entre 1978 y 1982, estudió el nacionalismo —en *The Invention of Tradition*, un volumen colectivo dirigido en colaboración con Terence Ranger (Cambridge, Cambridge University Press, 1983) y en *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality* (Cambridge, Cambridge University Press, 1991)— y reunió las reflexiones acerca de su propio oficio en *On History* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1997).

Pero su tarea más importante fue la de retomar la visión global del mundo contemporáneo que había comenzado en 1962 con *The Age of Revolution: Europe 1789-1848*, (Londres, Weiden-

<sup>11</sup> Margaret THATCHER: *Los años de Downing Street*, Madrid, El País-Aguilar, 1993, p. 509.

<sup>12</sup> El libro, que se titulaba inicialmente *Social Bandits and Primitive Rebels*, se fue enriqueciendo en las ediciones posteriores de 1963 y 1971.

<sup>13</sup> Hobsbawm había publicado anteriormente un libro que reflejaba su pasión por el jazz, *The Jazz Scene*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1959.

<sup>14</sup> Hay traducción española con el título de *Revolución industrial y revuelta agraria: el capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

feld and Nicolson, 1962), que se fue enriqueciendo sucesivamente con *The Age of Capital: 1848-1875* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1975), *The Age of Empire: 1875-1914* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987) y, finalmente, con *The Age of Extremes: the Short Twentieth Century: 1914-1991* (Londres, Michael Joseph, 1994) —*Historia del siglo XX*, en su versión española—, que se convirtió en su obra más difundida en el mundo entero, y que justifica plenamente la afirmación de Ed Milliband de que Hobsbawm «sacó la historia de la torre de marfil y la acercó a las vidas de la gente».

A la publicación de sus memorias, *Interesting Times: a twentieth-Century Life* (Londres, Allen Lane, 2002), le acompañaron una serie de libros que reflejaban sus opiniones políticas sobre la situación de las izquierdas en el tránsito de uno a otro milenio<sup>15</sup>, y una obra de un interés especial, *How to Change the World: Tales of Marx and Marxism* (Londres, Little, Brown, 2011), que no era tan sólo una compilación de trabajos aparecidos previamente, sino que contenía nuevos textos que actualizaban cuanto había publicado con anterioridad, como los capítulos que se ocupan de «La influencia del marxismo, 1945-1983» y de «El marxismo en recesión, 1983-2000», a lo que hay que añadir el capítulo final sobre la evolución del movimiento obrero.

Por estos tiempos Hobsbawm, sin haber dejado de moverse intelectualmente en el campo del marxismo, era plenamente consciente de que el viejo proyecto comunista estaba agotado. Sus ideas políticas personales le llevaron inicialmente a una cierta aproximación a los planteamientos «eurocomunistas» del Partido Comunista Italiano<sup>16</sup>, que trató de importar como elemento de renovación del moribundo comunismo británico, y más adelante, tras el fracaso del PCI, a los de la deriva del socialismo de las «terceras vías», aunque nunca se identificó con las simplificaciones de Tony Blair.

---

<sup>15</sup> Había reunido inicialmente sus escritos políticos en *Politics for a Rational Left: Political Writing 1977-1988*, Londres, Verso, 1990; ahora se le añadirían un título publicado inicialmente en italiano, *Intervista sul nuovo secolo*, al cuidado de Antonio POLITO, Roma, Laterza, 1999, y *Essays on Globalization, Democracy and Terrorism* (*Guerra y paz en el siglo XXI* en su traducción española), Londres, Little, Brown, 2007.

<sup>16</sup> Eric J. HOBBSAWM: *Italian Road to Socialism: An Interview by Eric Hobsbawm with Giorgio Napolitano*, Londres, Lawrence Hill, 1977.

Su último libro, publicado póstumamente, *Fractured Times. Culture and Society in the Twentieth Century* (Londres, Little, Brown, 2013) presenta una combinación muy compleja de elementos. Es, por una parte, una revisión histórica de la «alta cultura», en una línea que enlaza con una pequeña obra anterior, *Behind the Times: Decline and Fall of the twentieth-Century Avant-gardes* (Londres, Thames and Hudson, 1998), y con algunas reflexiones expuestas en *How to Change the World*.

Su propósito, nos dice, es explicar «lo que ha sucedido con el arte y la cultura de la sociedad burguesa una vez ésta se desvaneció, con la generación posterior a 1914, para no regresar jamás». En el Prefacio, y entre líneas en una serie de ensayos que van desde la crisis actual de la «alta cultura» hasta el mito del «vaquero» norteamericano, se pueden encontrar las líneas de una sugerente interpretación del auge y decadencia de esta cultura burguesa. La burguesía en ascenso, nos dice, fue la que elaboró el proyecto social y cultural que el capitalismo presentó al mundo, en el tránsito del siglo XIX al XX, como justificación de su pretensión de representar la cima del progreso humano, lo que le servía, de paso, para legitimar el imperialismo como una tarea civilizadora. En su campaña para dominar el mundo el capitalismo europeo llevaba con él «una potente y prestigiosa carga de valores y creencias» que asumía naturalmente como superiores a los otros. Era el conjunto de lo que integraba la civilización burguesa europea. Las artes y las ciencias fueron tan centrales en esta confiada visión del mundo como la fe en el progreso y en la educación, y formaban el núcleo espiritual de lo que reemplazó a la religión tradicional.

Esta civilización sufrió, sin embargo, una ruptura de la que no se iba a recuperar, en un proceso que se inició como una consecuencia de la primera Guerra Mundial<sup>17</sup>. ¿Qué es lo que provocó su fallo? Aunque estaba basada en un modo de producción transformador y destructivo de alcance global, sus operaciones, instituciones y sistemas políticos y de valores estaban diseñados por y para una minoría. Una minoría que podía expandirse, y que efectivamente lo hizo, pero el número de cuyos integrantes era reducido.

<sup>17</sup> Fue entonces cuando se inició el fracaso de las vanguardias artísticas, lo que le llevará a sostener que el concepto clásico del arte no sobrevivió al final del camino que señalaban: «Dada, el urinario de Marcel Duchamp y el cuadrado negro de Malevich».

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Alemania, Francia y Gran Bretaña, con una población total de 150 millones de habitantes, no contaban más que con unos 150.000 estudiantes universitarios, lo que representaba tan sólo un uno por mil de su población. La espectacular expansión de la educación que se produjo después de 1945 multiplicó el número de los educados, «esto es de los preparados en la cultura del siglo XIX que se enseñaba en las escuelas», lo que no significa que la compartiesen plenamente.

Obviamente el peligro tenía que venirle a este sistema por parte de la gran mayoría que quedaba fuera de sus elites. Éstos podían mirar hacia adelante, hacia el proyecto de una sociedad que compartiera los elementos progresistas de la civilización burguesa, pero que fuese igualitaria y democrática, «sin el capitalismo, o después de él», como la que proyectaban los socialistas.

La lógica de la expansión del capitalismo había de conducir a la destrucción del fundamento mismo de la civilización burguesa, que se basaba en la aceptación global de una sociedad regida por una minoría ilustrada, que era tolerada y hasta aprobada por la mayoría, mientras el sistema garantizaba estabilidad, paz y orden público, y podía satisfacer las modestas expectativas de los pobres.

Todo lo desarticuló el choque de las revoluciones del siglo XX: la de la ciencia y la tecnología, que iba a transformar y destruir los viejos modos de ganarse la vida (y pondría con ello en peligro el papel protagonista que anteriormente desempeñaba el obrero manual), y la de la sociedad del consumo de masas generada por el crecimiento de las economías occidentales, que privilegió el mercado sobre la política.

Este impacto desestabilizó el edificio entero y ha conducido, a comienzos del siglo XXI, a una situación en que las elites gobernantes, o cuando menos hegemónicas, no tienen idea de qué hacer, o, si piensan tenerla, carecen del poder necesario para llevarla a la práctica. Algo que afectó con especial gravedad a la socialdemocracia, que se encontró con que, al cabo, no podía ni siquiera mantener las conquistas realizadas en el terreno del estado de bienestar, como consecuencia de los cambios sobrevenidos en la economía mundial durante los años setenta.

Fracasaron así ambas versiones del socialismo, tanto la revolucionaria como la socialdemócrata, lo cual ha conducido a que desde 1980 «los socialistas, marxistas o de otra índole, se hayan quedado

sin su tradicional alternativa al capitalismo, a menos que, o hasta que, reflexionen sobre lo que querían decir con el término “socialismo” y abandonen la presunción de que la clase obrera será necesariamente el principal agente de la transformación social»<sup>18</sup>. Lo cual llevaba a Hobsbawm, nos dice Donald Sassoon en una evocación necrológica, a la convicción de «que lo que ha desaparecido (por ahora) es la creencia, compartida por todos los protagonistas de las grandes revoluciones de los siglos XIX y XX [...], de que era posible cambiar el orden social existente por otro mejor»<sup>19</sup>.

De alguna manera, el panorama de desconcierto y desesperanza que puede deducirse de este último libro de Hobsbawm se nos presenta como la conclusión de una obra que ha tenido, desde sus comienzos hasta este final, el propósito de investigar en profundidad los fundamentos del mundo contemporáneo.

---

<sup>18</sup> *Cómo cambiar el mundo...*, p. 424.

<sup>19</sup> Donald SASSOON: «Remember us with forbearance: the unrepentant Eric Hobsbawm, an obituary», *openDemocracy*, 5 de octubre de 2012.